

José Eugenio Borao Mateo*

QUÉ INTERCAMBIAR: ESPECIAS, ESPECIES, IDEAS

El viaje de Magallanes-Elcano ha pasado a la historia por ser el primero que dio la vuelta al mundo, pero este no era el objetivo del mismo, ni siquiera estaba previsto que eso tuviera lugar. En realidad, el viaje se trató como una auténtica misión comercial a las Molucas, en busca de especias a través de una ruta más ventajosa que las tradicionales. La Corona financió en gran parte la expedición, por lo que dio unas Instrucciones muy concretas para el éxito del viaje. Este artículo presenta cómo la expedición se ajustó a ellas unas veces, e improvisó en otras.

What to exchange: spices, goods, ideas

The Magellan-Elcano voyage has gone down in history for being the first to go around the world, but that was not its objective, it was not even planned for it to take place. In fact, the trip was organized as a formal trade mission to the Moluccas, in search of spices through a more advantageous route than the traditional ones. The Crown largely financed the expedition, for which it gave very specific Instructions for the success of the trip. This article presents how the expedition adjusted to them at times, and improvised at others.

Palabras clave: Magallanes, Elcano, Cebú, Brunei, Molucas, intercambios.

Keywords: Magellan, Elcano, Cebu, Brunei, Moluccas, exchanges.

JEL: H5, N2, N4, N7.

1. Introducción

El diario de Pigafetta, o la crónica más completa del viaje de Magallanes-Elcano, señala que cuando las naos Victoria y Trinidad, «tras veintisiete meses menos dos días de viaje», llegaron por fin a las islas de las especias, las Molucas, en concreto al puerto de la isla Tidore, lo primero que hicieron fue invitar al rey de la isla y a su corte a subir a bordo de los barcos. Los españoles se comunicaron amablemente con él y le propusieron relaciones comerciales, de amistad, e incluso de Estado: «Cuando supo quiénes éramos

y cuál era el objeto de nuestro viaje, nos expresó que tanto él como sus súbditos tendrían gusto en ser los amigos y vasallos del rey de España; que nos recibiría en su isla como a sus propios hijos; que podíamos bajar a tierra y permanecer en ella como en nuestra propia casa; y que, por amor al rey nuestro soberano, quería que en adelante su isla no se llamase más Tidore sino Castilla». Es difícil saber si el rey de Tidore dijo literalmente todo eso, o no, pero al menos así lo percibieron los españoles que pasaron a agasajarle: «Le obsequiamos entonces la silla de terciopelo rojo en que estaba sentado y el vestido de seda que le habíamos puesto. Le dimos también una pieza de paño fino, cuatro frazadas de escarlata, un vestido de brocado, un paño de damasco amarillo, otros de la India, tejidos en seda y oro, una pieza de tela de Cambaya muy blanca, dos bonetes, seis sartas de cuentas, doce cuchillos,

* Catedrático de Lengua y Cultura Española en la Universidad Nacional de Taiwán.

Contacto: borao@ntu.edu.tw

Versión de julio de 2022.

<https://doi.org/10.32796/ice.2022.927.7478>

tres espejos grandes, seis tijeras, seis peines, algunas tazas de vidrio dorado y otras cosas. Regalamos a su hijo un paño de la India, de oro y seda, un espejo grande, un bonete y dos cuchillos, y a cada uno de los nueve principales personajes que le acompañaban, un paño de seda, un bonete y dos cuchillos. Hicimos también algunos presentes a todos los demás de su séquito, como un bonete, un cuchillo, etcétera, hasta que el rey nos previno que no diésemos más. Nos dijo que sentía no tener nada que presentar al rey de España, que fuese digno de él, pues no podía ofrecer más que su persona». La comunicación fluyó pletórica en ese encuentro, pero sin duda cada parte entendió cosas diferentes, aunque había una cosa en la que sí coincidían: ambos estaban en condiciones de comerciar y de intercambiar productos. El primer encuentro había sido todo un éxito y aparecía cargado de buenos auspicios.

Pero llegar a esa situación no fue fácil, ni habría ocurrido de no haber tenido la expedición esos «veintisiete meses menos dos días» de experiencia en el trato con personas totalmente distintas y de haber superado grandes fracasos, como en primer lugar la rebelión en San Julián, donde pasaron el primer invierno (marzo-agosto de 1520) y en donde acabaron abandonando a su suerte al veedor Don Juan de Cartagena, de rango prácticamente igual a Magallanes; mientras allí estaban, perdieron la nao Santiago que había salido a hacer una exploración, aunque no hubo víctimas; al poco, mientras se internaban en el Estrecho de Magallanes (21 de octubre a 28 de noviembre de 1520), vino la desertión de la nao San Antonio, el barco mejor equipado; luego, durante los tres meses de travesía por el Pacífico (diciembre de 1520 a marzo de 1521), y ya con solo tres naves, la muerte de 15 marineros por escorbuto; la llegada a Cebú (abril de 1521), en donde se entablaron buenas relaciones de amistad y vasallaje con el cacique local, pero que acabó en una gran decepción, por la rápida concatenación de reveses: la pérdida en combate del líder visionario de la expedición, Magallanes,

junto con otros nueve soldados, y la consiguiente desertión del intérprete Enrique de Malaca, durante el banquete-trampa del rey de Cebú que además se cobró la vida de 16 navegantes. Todo ello llevó a los nuevos líderes, Juan Carballo primero, y luego Elcano, a seleccionar, entre las Instrucciones que Carlos I había dado a Magallanes, aquellas que tenían un cariz más pragmático que dialogante, y que les sirvieran mejor para orientarse en el laberinto de las islas de la actual Indonesia. Por eso también comprendieron que el éxito de su llegada a Tidore aún era provisional, pues faltaba coronarlo con la compra de especias a buen precio y con la aún pendiente vuelta a España.

2. Las Instrucciones de Barcelona

Ciertamente, la Corona había tenido un papel esencial desde un primer momento, no tanto en cuanto institución capaz de financiar la mayor parte del viaje, sino por la experiencia acumulada por viajes anteriores de exploración, y que quedó manifiesta en las Instrucciones para la misión comercial a las Molucas, que en realidad eso es lo que fue ese viaje, una misión comercial.

El 8 de mayo de 1519, tres meses antes de la partida de la expedición, el rey Carlos I estampaba en Barcelona su firma sancionando las 74 Instrucciones que Magallanes debería observar en su viaje. Se trataba de un auténtico vademécum comercial escrito por los consejeros de rey en base a la experiencia de los viajes atlánticos que Castilla venía haciendo en los últimos años y de las noticias que llegaban de la exploración asiática de Portugal. Para empezar, estaba muy claro que la misión de la expedición era obtener especias, sin intermediarios, de buena calidad y con garantías de transporte. La Instrucción 56 decía: al cargar la especiería en las naos «si Dios os deparase alguno nacimiento de canela, habéis de mirar que lo que trujéredes sea de cañuto redondo rollizo, é no de una canela que hay muy gruesa que llaman espada, ques como tabla delgada, porque eso ocupa carga é vale poco. E si

TABLA 1
RESUMEN DEL COSTE GENERAL DE TODA LA ARMADA
(En maravedíes)

5 barcos, aparejos, artillería, etc.	3.912,24	44,7 %
Despensa, cartas de marcar, correos	415,06	4,7 %
Bizcocho, vino, aceite, queso, etc.	1.585,55	18,1 %
Sueldos	1.154,50	13,2 %
Mercaderías para el rescate: seda, paño, dádivas, etc.	1.679,77	19,2 %
Total	8.747,13	100,0 %

FUENTE: Elaboración propia a partir de Fernández de Navarrete (1837, p. 181).

hobiere clavo habéis de traer de los más limpio é de cabeza, é no traer bastón, ni madre de clavo. E hallando nuez moscada, sea la mas entera é granada que pudierdes haber,... é quanto mas cubierto viniere mas se conserva é guarda, porque mojándose estas suertes de especerías se gasta muy mas presto que la pimienta».

Las instrucciones también señalaban cómo había de pagarse todo ello, no con moneda, sino a través de un ventajoso sistema de trueque. Por ejemplo, la Instrucción 52 era clara al respecto, aunque no específica, pues dejaba gran margen de maniobra a Magallanes: «De las mercancías que de acá lleváis, habéis de trabajar por saber cuáles son allá más estimadas,... van ropas fechas é otras cosas para dar a los Reyes, e a los otros principales de las tierras que descubrierdes». Además de productos textiles, no se dice exactamente qué más se había de llevar, pero Pigafetta cita en bastantes ocasiones los objetos con que la flota va obsequiando aquí y allá a los caciques que va conociendo. Veamos unos ejemplos: en junio de 1520 se entrega a unos patagones «cuchillos, espejos y cuentas de vidrio»; nada más llegar a Filipinas, Magallanes entrega en los isleños de Suluan «bonetes rojos, pequeños espejos, peines, cascabeles, algunas telas, objetos de marfil y otras bagatelas semejantes». Cuando Pigafetta va en persona al palacio del rey de Cebú, Humabon, a llevarle un presente

de Magallanes, lleva consigo «una chupa de seda amarilla y violeta, hecha a la turquesa, un bonete rojo y algunos hilos de cuentas de cristal, puesto todo en un plato de plata, con dos tazas de vidrio dorado que llevábamos en la mano», etc.

Pero esas bagatelas eran las muestras a enseñar, unas dádivas para despertar el interés de los nativos, antes de entrar en la verdadera negociación. Para valorar las expectativas comerciales podemos preguntarnos a cuánto subía proporcionalmente el monto de esta partida destinada al comercio —incluyendo las dádivas y los productos a mercader— en el coste total del levantamiento de la Armada al Maluco. La Tabla 1 nos muestra que casi el 20 % del coste total de la armada estaba destinado directa o indirectamente a la parte comercial.

3. Primeros intercambios: Cebú y Brunei

Todos los intercambios habidos antes de la llegada a las Molucas habían sido principalmente de víveres, pero también de oro, perlas, etc. En los momentos dorados de la estancia en Cebú se adquirió oro a cambio de hierro, que era el producto más codiciado en la isla, aunque Magallanes tenía claro que no habían venido a por oro. Pigafetta de nuevo: «El día viernes abrimos nuestro almacén y expusimos todas nuestras mercaderías, que los isleños miraban con admiración.

Por el bronce, el hierro y demás mercaderías pesadas, nos daban oro; nuestras bujerías y otras menudencias se cambiaban por arroz, puercos, cabras y algunos comestibles. Nos daban diez piezas de oro, cada una del valor de ducado y medio, por catorce libras de hierro. El comandante prohibió que se mostrase demasiada estimación por el oro, sin cuya orden cada marino habría vendido todo lo que poseía para procurarse este metal, lo que habría arruinado para siempre nuestro comercio».

Tras la salida apresurada de Cebú, y quemar la nao Concepción, pues ya no tenían suficiente gente para manejarla, emprendieron un camino errático hacia las Molucas que llevó a las dos naos restantes, la Trinidad y la Victoria, al emporio de Brunei, en donde vieron que se les trató muy bien, llevados en elefantes visitaron el palacio del rey Siripada, en donde el oro era adorno común entre los cortesanos: llevaron unos presentes al rey y este les obsequió con «brocatel y paños de oro y seda», pero Pigafetta, tal vez sin darse cuenta del significado de la acción, apostilló diciendo que «nos los colocaban sobre el hombro izquierdo y nos los quitaban enseguida para guardárnoslos». Es decir, los españoles allí eran unos más, a los que se les trataba con un ritual rutinario, como el aplicado a la mayoría de extranjeros que iban allí a comerciar. De hecho, por todas partes vieron porcelana china, e incluso monedas de este país como si se tratara de la divisa común aceptada para pagos internacionales. En el emporio de Cebú habían sido tratados con respeto, aquí con natural indiferencia, y tal cual llegaron, se fueron, sin levantar cobertizo comercial alguno. Solamente constataron la existencia de algo en lo que la Corona estaba muy interesada, las perlas. En la Instrucción 57 se lee: «Creemos que en algunos lugares de los que descubriéredes halléis alguna suma de aljófar é perlas; si así fuere, trabajaréis lo que rescatáderes sea lo más oriental y grueso que se pueda... e si hallase alguna suerte de pedrería, digo pedrería de rubís o diamantes, ó de otras suertes, echar heis a lo mas granado é perfecto de color». Al parecer descubrieron en ese

momento que hay cosas que no se ofrecen de inmediato, y menos a los comerciantes que van de paso, y lo que tu prestigio vale en tu tierra, no necesariamente lo vale en otras, y menos con solo dos barcos expedicionarios. Pigafetta de nuevo: «El rey Siripada posee dos perlas tan grandes como huevos de gallina y tan perfectamente redondas, que, colocándolas sobre una mesa bien lisa, no se están jamás quietas. Cuando le llevamos nuestros presentes, le manifesté por señas que deseaba mucho verlas, y aunque prometió mostrárnoslas, no lo merecimos, pero algunos de los jefes me dijeron que el hecho era exacto».

¿De dónde venían estas perlas? No eran de esta ciudad de Borneo exactamente sino de las islas de Joló, al sur de las Filipinas. Y, efectivamente, cuando los dos barcos que quedaban, la Trinidad y la Victoria, pasaron por Joló, Pigafetta citó orgulloso que reconocieron «las dos islas de Zolo y Taghima, en donde, según se nos dijo, se pescan las perlas más hermosas y donde se encontraron las del rey de Brunei de que he hablado», pero curiosamente no dice por qué no se detuvieron allí. En realidad, ya habían entrado en un paraíso comercial en donde habían de medir sus decisiones de compra, pues su objetivo principal era las Molucas, y no podían pararse en cada lugar que ofreciera productos semejantes a los de estas islas. Por ejemplo, al pasar por el sur de Mindanao, se encuentra el lugar en que, decía Pigafetta, «crece la mejor canela. Si hubiéramos podido detenernos allí algún tiempo, habríamos cargado la nave, pero no pudimos hacerlo por aprovechar el viento, porque debíamos doblar una punta y pasar algunas islas que la rodean». Pigafetta se está refiriendo ahora a la isla más meridional de Filipinas, Sarangani, desde la cual enfilando el sur, llegarían a las Molucas. Pero no hizo falta detenerse a comprar canela, pues esa zona podría asemejarse a un gigantesco bazar, y así, «de camino, algunos isleños se aproximaron a nosotros y nos dieron diecisiete libras de canela a cambio de dos grandes cuchillos que habíamos tomado al gobernador de Palauan» (más adelante se hablará de origen de estos cuchillos).

4. Segundo momento del intercambio: las islas Molucas

Finalmente, el 12 de noviembre de 1521, seis días después de la llegada a las Molucas, llegó el tan ansiado momento de la adquisición de especias. El rey de Tidore levantó un cobertizo grande en el que los españoles depositaron los materiales a intercambiar. Tres soldados se apostaron allí para dar seguridad a la operación. Allí las relaciones comerciales eran diferentes, pues, aunque las Molucas ya eran polo de atracción desde la época romana, las especias eran su única oferta, por tanto, estaban muy abiertas a las embarcaciones venidas de lejos.

Los españoles observaron el modo en que los moluqueños ofrecían su mercancía, de modo que la unidad de peso de intercambio era el bahar. La midieron y Pigafetta nos dice que equivalía a «uatro quintales y seis libras, y cada quintal pesa cien libras», o sea, un bahar equivalía a 406 libras. Si aquí Pigafetta se está refiriendo a la clásica libra castellana —utilizada también en territorios americanos, y cuyo peso era de 16 onzas castellanas, es decir 460,093 gramos—, en consecuencia, un bahar equivaldría a unos 187 kg. En base a ello, los españoles fijaron el valor de intercambio de su mercancía del modo expresado en la Tabla 2.

Pensamos que estas cantidades se habían establecido siguiendo la Instrucción 13 de Carlos I, cuyo inicio señalaba: «E quando asentardes el trato é precio de las cosas de la tierra procuraréis de poner las nuestras en el mayor precio que pudierdes». Entendemos que esto no era solo por el mayor «servicio é provecho» al rey, como decía la Instrucción anterior, sino suponiendo que el vendedor ofrecería precios elevados de partida para así tener un buen margen de negociación con el comprador. Y, efectivamente, las cantidades de trueque finales parece que experimentaron una bajada en el precio, pues las cantidades ofrecidas por bahar quedaron del modo expresado en la Tabla 3.

TABLA 2
VALORES DE INTERCAMBIO DE MERCANCÍA

10 brazadas	pañó rojo de calidad	=	1 bahar
15 brazadas	pañó de mediana calidad	=	1 bahar
15	hachas	=	1 bahar
35	tazas de vidrio	=	1 bahar

FUENTE: Elaboración propia a partir de Pigafetta (2020, p. 138, §1).

TABLA 3
CANTIDADES OFRECIDAS POR BAHAR

10 brazadas	pañó de buzeratte	=	1 bahar
25 brazadas	tela fina	=	1 bahar
26 brazadas	tela normal	=	1 bahar
17 cathiles	cinabrio	=	1 bahar
150	cuchillos	=	1 bahar
50	pares de tijeras	=	1 bahar
40	bonetes	=	1 bahar
3	timbales	=	1 bahar
1 quintal	de cobre	=	1 bahar

FUENTE: Elaboración propia a partir de Pigafetta (2020, p. 138, §2).

Vemos que lo que se intercambió por clavo fueron tejidos, cinabrio¹, es decir, colorante rojo para los tejidos, y objetos de uso doméstico como cuchillos y tijeras, así como bonetes. Pigafetta se lamentaba de no haber acabado «un buen partido», ya que la mayor parte de los espejos se habían roto durante el viaje y el rey se quedó todos los que habían llegado en buen estado, pero concluía diciendo que «una parte de nuestras mercaderías provenía de los juncos de que he hablado, y así por este medio hemos hecho, sin duda, un negocio bien ventajoso».

¹ El cinabrio se medía en cathiles, de modo que un bahar tenía el peso de 203 cathiles.

¿Está aquí Pigafetta implicando que se había llevado a cabo alguna acción de piratería? Pues sí, eso es lo que está diciendo, y además en consonancia con la Instrucción 48 del rey: «Si por caso á la ida tomásedes alguna presa de alguna nao que topásedes, tomaréis aquellas cosas que mejor os parecieren para acá; é de otras calidades de mercaderías que podrán traer, trabajaréis para saber a qué parte las llevaban, para tomar más plática de algunas tierras é tratos; é la gente de las semejantes naos será de vosotros é de todos muy bien tractada, é si con ellos pensáis de tener alguna plática de tierra de donde se pueda haber algún provecho, é por les tomar algo de lo tomado lo dirán si se lo dan, hacedlo asé, e aún daldes de o que lleváis porque vos amuestren la tierra donde lo llevaban». En suma, la instrucción dice que si se hiciese alguna presa —se supone que por necesidades pragmáticas de orientación, adquisición de información o supervivencia—, se puede tomar de ellos tanto objetos de interés (por los conocimientos que aporten), como su cargo; no obstante, habrá que tratarles bien para obtener información de ellos, hasta el punto de que si se muestran dialogantes, se les podrá devolver algo de lo tomado, e incluso algo de lo que se trae de España para que lo muestren en los lugares a donde vayan. Y, ciertamente, esto tuvo lugar en varias ocasiones, a partir de su marcha de Borneo, en donde observaron la presencia de la piratería. Hay un caso especial narrado por Pigafetta, ocurrido a principios de octubre de 1521 a la salida de la Isla de Joló (tradicional nido de piratas), que responde literalmente a lo señalado en la citada instrucción: «Encontramos un junco que venía de Brunei, y como, habiéndole hecho señal de que se detuviese, y no hubiese querido obedecer, lo perseguimos, lo tomamos y lo saqueamos. Conducía al gobernador de Palauan con uno de sus hijos y a su hermano, y condenamos a aquel a pagar como rescate, en el espacio de siete días, cuatrocientas medidas de arroz, veinte cerdos, otras tantas cabras y ciento cincuenta gallinas. No solamente nos dio todo lo que le pedimos, sino que voluntariamente

añadió cocos, plátanos, cañas de azúcar y vasos llenos de vino de palmera. Para corresponder a su generosidad le devolvimos una parte de sus puñales y fusiles, dándole además un estandarte, un traje de damasco amarillo y quince brazas de tela. A su hijo le obsequiamos con una capa de paño azul, etc., y su hermano recibió un traje de paño verde. Hicimos también regalos a las personas que iban con ellos, de suerte que nos separamos en buena armonía». De no ser este barco el que llevaba los dos cuchillos antes mencionados, otros candidatos serían el junco en el que iba el «hijo del rey de la isla de Luzón», o poco después, junto a la isla de Sarangani, el junco en el que iba un cacique de Mindanao, en el que «tomamos por la fuerza a dos pilotos, que nos condujeran a las islas Malucas», etc.

En cualquier caso, como siempre se ha dicho, el resultado de la venta de los 700 quintales y 24 libras de especias que la nao Victoria llevó a Sevilla (la carga de la nao Trinidad fue confiscada por los portugueses en las Molucas) supuso un beneficio mayor al del dinero invertido por la Corona.

5. Intercambio de servicios

¿Otro de los objetivos a realizar estaría relacionado con el intercambio de servicios? ¿Pero qué tipo de servicios podía ofrecer una armada que iba de paso? ¿Había algún servicio duradero que ofrecer? El único posible era el de establecer una relación de vasallaje, en la que se intercambiara una protección militar a cambio de exclusiva comercial. Y esto es lo que se formalizó en Cebú. El rajá de Cebú, Humabon, su familia y su corte se convirtieron al cristianismo, juraron fidelidad al rey de España e incluso cambiaron sus nombres por los de la familia real castellana. Magallanes estaba pletórico, pero sabía que esto podía acabar fácilmente en nada si antes de continuar su camino no lograba consolidarlo, por ejemplo, dejando allí una representación comercial que negociara hasta la vuelta de una segunda expedición, o bien mostrando su capacidad militar de proteger al rajá de Cebú o a

sus caciques vasallos. La ocasión se presentó el 26 de abril de 1521 cuando uno de los dos reyezuelos de la vecina isla de Mactán, Zula, que también había reconocido la autoridad del rey de España, se presentó a Magallanes para pedirle que subyugara al otro rey de Mactán, Lapu-Lapu, quien no quería reconocer dicha autoridad, y menos considerando a Humabon como señor superior. Aquí Magallanes cometió dos grandes errores fruto de haber tomado una excesiva confianza en sí mismo, quizás por haber salido airoso en los retos anteriores. El primero consistió en fundar sus decisiones en una simplificada comprensión de las relaciones tribales, las cuales quería sustituir por un sistema feudal europeo con el rey de España a la cabeza, minusvalorando la importancia de las relaciones de parentesco y las rivalidades existentes entre los diversos *datos*. El segundo error fue ignorar el espíritu de prudencia que emanaba de la Instrucción 14 de Carlos I, que decía claramente: «Porque á nuestro servicio cumple que vuestras personas no se pongan en tierra de que podáis recibir daño, vos mandamos que no salgáis á tierra á hacer ningún concierto; sino envid a algunos de los oficiales, o a otra persona que vierdes que mejor lo podrá hacer». Pero el espíritu de soldado de Magallanes y la confianza en sí mismo pudo más. Magallanes había estado enrolado diez años antes en el ejército portugués que tomó Malaca en 1511, desde allí exploró algo la región de Indonesia antes de volver a Portugal, y estableció una amistad con Francisco Serrano, que le informaba de la ventajosa situación de las Molucas, y que establecido en estas islas le esperaba para hacer negocios. Magallanes vio en este servicio a Zula la ocasión para colmar toda su empresa, y salió con tres chalupas a enfrentarse a los mil quinientos guerreros de Lapu-Lapu. No está claro si Zula fue a ayudarlo con sus hombres, sí sabemos que Magallanes rechazó la ayuda que Humabon quería prestarle, y es bien conocido el desenlace final: Magallanes murió en el combate. Una sombra de desconcierto cubrió todo lo conseguido, y Humabon, aparentemente compungido, invitó a los españoles a un banquete para

despedirlos. Pero Humabon ante la derrota cambió de bando y a lo que en realidad invitó a los españoles fue a un banquete-trampa en la que cayeron muertos una veintena de estos, por lo que la armada huyó de Cebú despavorida. La excesiva confianza, basada en la falsa percepción de un rápido éxito, conseguido en apenas cuatro semanas, arruinó en dos días todo el negocio que estaban construyendo. Había que empezar de nuevo, sin líder, sin intérprete, sin dirección. Ahora, como hemos visto, solo pasaron a interesar los puntos más pragmáticos de las Instrucciones de Carlos I.

6. Conclusión: intercambio de ideas

Llama la atención que las Instrucciones de Carlos I sean casi exclusivamente comerciales, y no previeran un intercambio de ideas, o, mejor dicho, una transmisión de ideas, las del cristianismo. El cristianismo no está ausente en las instrucciones, pero es algo orientado a la propia armada. Por ejemplo, se prohíbe que «no se juegue á naipes ni á dados... pues no es servicio de Dios» (Instrucción 42), también se ha de procurar evitar a gente a bordo «que conosciadamente tenga costumbre de renegar» (Instrucción 47), y más adelante las instrucciones dicen que no se pagaría el sueldo por adelantado a los marineros ocho días antes de zarpar, a no ser que traigan «albales de como están confesados y comulgados» (Instrucción 66). Sin embargo, Magallanes se había tomado la expedición como una empresa de extensión del cristianismo, se consideraba tan soldado como «misionero», y así procedió especialmente en Cebú, en donde, como se dijo, se convirtieron a la fe católica el rey Humabon, su familia, cortesanos y la mayoría de la población. Incluso la reina fue obsequiada con una talla flamenca de un Niño Jesús, que, por avatares de la historia, actualmente tiene millones de devotos en todo el archipiélago filipino, con el nombre de Santo Niño. Que la empresa evangelizadora en esta expedición era principalmente un proyecto de Magallanes lo muestra el que, una vez salidos de Cebú, ya no se registra ningún

intento de conversión, tal vez motivado por otra razón y es que se navegaba por tierra de moros, con un mayor o menor grado de islamización.

¿Cómo alteró el viaje las creencias y la percepción del mundo de los propios marineros? Es de suponer que los que fracasaron en el viaje renegarían de haberlo emprendido. Se dice que del total de 255 que habrían salido fueron 18 los que regresaron. Es una frase gráfica para describir el viaje, pero equívoca, porque da a entender que los 237 restantes perecieron durante la travesía, cuando en realidad murieron solamente 144. Conocemos que en la rebelión de San Julián (sur de la actual Argentina) murió casi una docena, cruzando el Pacífico fallecieron de escorbuto 15, en la batalla de Mactán 9, en la traición del banquete de Cebú 26, en el viaje de vuelta, y pasados los tres meses de resistencia 16, y otros tantos fueron cayendo de manera aislada por un motivo u otro. Todos estos no volvieron para contarlo. Tenemos a su vez el caso de la nao Trinidad, la otra que también llenó sus bodegas de clavo en las Molucas, y que con sus 56 hombres a bordo salió de Tidore meses después de la Victoria, por problemas técnicos, para volver a España no por el Índico, sino volviendo a cruzar el Pacífico hasta la costa de Darien, con tan poca fortuna que no dio con los vientos y corrientes favorables y cuando sus hombres empezaban a caer muertos tuvo que dar la vuelta a las Molucas, llegando apenas un puñado de demacrados marineros, todavía vivos, que se entregaron a los portugueses. Tres de ellos pudieron acabar volviendo a España, dejando constancia del fracaso de la vuelta por el Pacífico. Uno de ellos, Ginés de Mafra, escribió una extensa crónica, aunque esa parte que él conocía, la de la frustrada travesía del Pacífico, la transmitiera con poco detalle.

En el segundo grupo se encuentran los que no murieron, es decir los 18 que llegaron con la nao Victoria y muchos otros más, por ejemplo, los de la Nao San Antonio, que había partido con 56, y desertó justo antes de entrar en el estrecho de Magallanes, regresando sin problemas a la Península. A su vez,

cuando citamos «los 18 que volvieron» en la Victoria, en realidad habrían sido 30 (sin contar algunos indígenas), pues esta era la tripulación que llegó a las Islas de Cabo Verde, para repostar la nave pretendiendo ante los portugueses haberse perdido en un viaje de América a España. Cuando los portugueses de Cabo Verde descubrieron la verdadera identidad de la Victoria, esta tuvo que salir apresuradamente abandonando a 12 de sus marinos en las islas, que, como era de esperar, fueron repatriados meses después a la Península. Otros que sobrevivieron fueron los que decidieron no continuar en el Pacífico cuando se tocaba tierra en alguna isla, como fue el caso de los dos que desertaron en Timor al no verse capaces de cruzar el Índico y el Atlántico. Pues bien, la pregunta ahora es ¿cómo afectó el viaje a estos supervivientes? ¿Absorbieron ideas de los países visitados? ¿Les pareció que el mundo era ahora más pequeño, más negociable? Sí, hasta el punto de que la narración del largo viaje de vuelta de la nao Victoria, o el largo periplo del Pacífico, contados respectivamente por Pigafetta y Ginés de Mafra, pasa casi en un suspiro, haciendo verdad aquel viejo adagio de que «el viaje de vuelta se hace casi siempre mucho más corto que el de ida, aunque la distancia sea la misma».

Pero, contrario a lo que pudiera pensarse, este viaje alteró poco la percepción del mundo de estos viajeros renacentistas que volvieron para contarlo; por el contrario, el viaje contribuyó a reafirmar las ideas que ya tenían. El 9 de septiembre de 1522 bajaron todos a tierra en el puerto de Sevilla, cuenta Pigafetta al final de su crónica, «en camisa y a pie descalzo con un cirio en la mano, para visitar la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria y la de Santa María la Antigua, como lo habíamos prometido hacer en los momentos de angustia». Y el propio Pigafetta tras pasearse por las cortes europeas, Valladolid, Lisboa, París, contando su viaje, señala: «Regresé al fin a Italia, donde me consagré para siempre al muy excelente y muy ilustre señor Filipo de Villers L'Isle Adam, Gran Maestre de Rodas, a quien di también la relación de mi viaje», es decir, se

convirtió en caballero y monje de la Orden de Rodas, la que al poco pasó a llamarse Orden de Malta.

Por otro lado, tenemos el caso de los «marinos reincidentes», que no podían vivir sin el mar. Uno de ellos fue Elcano, quien se enroló en una nueva expedición a las Molucas, la de García Jofre de Loaysa. Si bien la nave capitana llegó a las Molucas, tanto Loaysa, como Juan Sebastián Elcano, murieron durante la travesía del Pacífico, haciéndolo este el 4 de agosto de 1526, posiblemente a causa del escorbuto. Otro caso de «reincidente» fue el de Ginés de Mafra, que, como hemos dicho, sobrevivió a la increíble aventura de la nao Trinidad en el Pacífico y llegó de vuelta a España en 1526. Pero 16 años después, y con 45 años, volvió a enrolarse en una nueva expedición a las Molucas, la de Ruy López de Villalobos, que partió de la Nueva España en 1542, llegó a Filipinas, siendo vuelto a capturar por los portugueses, salvando por segunda vez su vida gracias a estos. Por supuesto, los nativos moluqueños que llegaron a Sevilla con la Victoria,

empezaron una nueva vida, pero de estos bien poco se sabe.

Referencias bibliográficas

- Fernández de Navarrete, M. (1837). *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, Tomo IV: Expediciones al Maluco. Viaje de Magallanes y de Elcano. Imprenta Nacional.
- Juan Sebastián de Elcano, Antonio Pigafetta, Maximiliano Transilvano, Francisco Albo, Ginés de Mafra, etc., *La primera vuelta al mundo*. Miraguano Ediciones y Ediciones Polifemo, 2018.
- Madrid Gerona, D. (2016). *Ferdinand Magellan. The Armada de Maluco and the European Discovery of the Philippines*. Spanish Galleon Publisher.
- Martínez Shaw, C. (Ed.). (2018). *Actas del Congreso Internacional de Historia «Primus circumdedisti me», Madrid, Sociedad para el V Centenario de la primera vuelta al mundo*. Ministerio de Defensa y Junta de Castilla-León.
- Pigafetta, A. *Primera vuelta alrededor del mundo*. Presentación, edición crítica y cartografía de José Eugenio Borao. Institución Fernando el Católico, Excma. Diputación Provincial de Zaragoza (2020).